



Antes de su anexión por Roma, la cuenca sedimentaria del Duero estuvo ocupada por medio centenar de ciudades-estado. La mitad de ellas fueron destruidas por el ejército de Pompeyo al terminar el primer cuarto del siglo I a.C. y su nombre, con algunas excepciones, se perdió en el olvido. Las que sobrevivieron conformaron la red urbana de época romana, y los documentos contemporáneos transmitieron sus nombres. Conocemos también los lugares donde se ubicaron, pero sólo en algunos casos podemos relacionar sin duda los yacimientos y los nombres. Uno de tales casos es el de *Rauda*, citada en la Geografía de Ptolomeo (2, 6, 49) entre las ciudades de los vacceos, y en el Itinerario de Antonino al describir una de las vías que conectaban *Asturica Augusta* y *Caesaraugusta*.

HISTORIOGRAFÍA

Su ubicación en el mismo solar que la actual Roa, en la provincia de Burgos, no ofrece hoy duda. Las fuentes medievales dan cuenta de la repoblación en el año 912 con la vieja denominación de *Rauda*, y permiten seguir la deriva del nombre, a través de la transición *Roda*, hasta el actual topónimo, como sucede también en otros casos como los de *Septimanca*, *Cauca*, *Palantia* o *Salmantica*. A ello se unen los documentos arqueológicos que se han ido acumulando, en particular en las últimas décadas.

A pesar de todo, los eruditos que, desde el Renacimiento, trataron sobre las fuentes clásicas mostraron cierta vacilación sobre su ubicación precisa. Mientras Florián de Ocampo decía claramente, a mediados del siglo XVI, que los límites de los vacceos “cruzaban el río Duero junto a Roa, tomándola dentro de sí”, Jerónimo Zurita prefería situarla en Aranda de Duero, y Mendes Silva, y con él Moreri, en el cerro de Manvirgo, unos kilómetros al norte de Roa. Sin embargo, desde mediados del siglo XVIII, los historiadores (El Padre Flórez, el canónigo Loperráez, Ceán Bermúdez, M. Cortés, E. Saavedra, etc.) no dudan ya de la correspondencia *Rauda/Roa*, aunque llama la atención que, todavía en fecha tan reciente como 1930, un autor como Hergueta siguiera proponiendo la ubicación de la antigua *Rauda* en la Cuesta de Manvirgo.

Lo cierto es que, aparte del nombre, apenas había apoyo arqueológico. Hasta época reciente no se había reparado en el interés histórico de las estructuras y restos materiales que sin duda saldrían a la luz cuando se hacían obras en la población. Los testimonios con que se contaba hasta bien entrado el siglo XX eran bien escasos: una sucinta referencia de Loperráez en 1788 a “algunas medallas celtibéricas y romanas que se encuentran en sus inmediaciones”, otra de Ceán Bermúdez en 1832 diciendo que Roa es la *Rauda* de los vacceos y conserva ruinas de su antigua población (¿?) y, sobre todo, un artículo de 1908 del claretiano Francisco Naval, en el que, tras visitar la población desde su cercano convento de Aranda, por primera vez daba cuenta de hallazgos precisos; entre ellos, los de una posible necrópolis entonces destruida.

Pocos años después, en 1915, A. Blázquez aseguraba no haber encontrado allí restos antiguos. La antigua *Rauda* seguía siendo entonces poco más que un topónimo bien ubicado.

En el año 1947, supuso un hito el hallazgo de un tesorillo, publicado por José Luis Monteverde, compuesto por al menos 167 denarios indígenas (no se conoce el número exacto, porque se repartieron inmediatamente entre diferentes personas), dos arracadas áureas y dos cadenas de hilos trenzados, igualmente de oro. Por último, Federico Wattenberg, en *La región vaccea*, si bien no podía confirmar anteriores noticias, aparte del tesoro de 1947, daba cuenta de haber visto cerámicas celtibéricas y romanas en el término de El Palacio. Otros autores se hicieron eco de estas noticias en los años siguientes.

Esta era la situación hasta mediados de los años setenta del pasado siglo, cuando empecé a interesarme por la arqueología de la antigua *Rauda*, por mi ascendencia raudense (así se llama a los naturales de Roa) y mi residencia intermitente en la población. Las prospecciones en el entorno, la atención a las obras en solares urbanos y las primeras excavaciones, en general de alcance muy limitado, empezaron a revelar la poderosa presencia de la ciudad antigua, y las piezas del puzzle comenzaron a dibujar una imagen coherente de ella. Fruto de ello fue la tesis doctoral que dio origen a la publicación monográfica *La Edad del Hierro en el valle medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*, en la que, como contexto, se recogían las aportaciones hechas desde que Wattenberg publicara *La Región Vaccea* y que permitían revisar la perspectiva de la Edad del Hierro en el interior de la Meseta; la arqueología raudense contribuyó a ello de modo relevante. En el año 1988 se incoó la declaración del yacimiento como Zona Arqueológica (la declaración es del año 1993), y desde entonces se vienen realizando habitualmente sondeos y excavaciones cuando se efectúan obras en la localidad.

Después de todo ello, ¿qué podemos decir hoy de la antigua ciudad vaccea?

Ni que decir tiene que la situación de la moderna población de Roa sobre la antigua *Rauda* ha supuesto una limitación grave para la investigación. La actividad constructora y las obras de urbanización han multiplicado las oportunidades de asomarse al subsuelo, pero, en contrapartida, ello ha dificultado la excavación de espacios amplios que permitieran una aproximación al urbanismo. Por otra parte, mientras, en los solares, la repetida construcción de casas a lo largo de los siglos ha dañado los niveles antiguos, en los espacios públicos éstos se conservan mejor, inmediatamente bajo el asfalto, pero su reconocimiento suele limitarse a las zanjas de canalización de servicios urbanos, que, al menos, proporcionan una buena idea de la delimitación del asentamiento y de la densidad de ocupación.

Rauda se situaba en el extremo sureste del territorio vacceo, en la orilla derecha del Duero, en un tramo donde el río describe una amplia vuelta hacia el norte, hacia donde ha ido derivando dejando una amplia vega en el sur. Por el norte, la erosión ha desmantelado los páramos en una gran extensión, de forma que su cumbre ha retrocedido varios kilómetros, casi hasta el Esgueva, y desde allí el terreno cae suavemente desde una altura de 945 metros sobre el nivel del mar hasta el Duero, que discurre en este tramo a una cota de 770 metros. El resultado es una amplia campiña tendida que es hoy uno de los principales sectores vitícolas de la Ribera. En el solar de Roa, el borde de la campiña forma una muela destacada, de contorno bien definido, que se precipita en un último escalón de 50 metros sobre el río. El lugar ofrece unas buenas condiciones naturales para la defensa y visibilidad sobre el entorno; por un lado, hacia el valle del Duero, que tiene aquí una gran amplitud y, por el otro, hacia la campiña.

EL POBLADO DE LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

Fue en este lugar donde se levantó, durante la Primera Edad del Hierro, la aldea originaria de la población que en época histórica se llamó *Rauda*. En el año 1976 se detectaron por primera vez los niveles de esta etapa, y desde entonces se han reconocido repetidamente en un sector del yacimiento. Este primitivo poblado lo fundaron gentes de la cultura del Soto de Medinilla, probablemente durante su etapa de plenitud. El hallazgo de algunas cabañas circulares de postes y ramaje, sin adobes, no es ya hoy un argumento suficiente para postular un inicio anterior, en la etapa formativa del grupo, porque se trata de un rasgo que perduró en la fase de madurez de esta cultura.

Este primer núcleo raudense ocupaba el cuadrante nororiental del yacimiento, con una extensión aproximada de cuatro hectáreas, y estaba defendido, al menos, por un foso con sección en artesa, de casi siete metros de ancho en su parte superior y entre cinco y seis metros de profundidad, que se documentó en los años 1992-1993 en el solar nº 5 de la calle de la Escuela. No sabemos si a este foso lo acompañaba una muralla. Con carácter general, los vestigios se acomodan plenamente a lo conocido en otras aldeas del mismo grupo, con el conocido repertorio de producciones alfareras y otros materiales y rasgos culturales característicos del complejo del Soto; entre ellos, en la calle de la Corredera y en el solar nº 3-5 de la plaza de la Alhóndiga, cabañas de postes con entramado vegetal y manteado de barro junto a otras de adobe, así como instalaciones complementarias rectangulares que debían de tener una función de almacenamiento. Una de las casas de adobe de la Corredera tenía por el exterior una estructura independiente de postes como soporte de la cubierta. Debajo de ella, se documentó otra casa anterior de postes, sin muro de adobe, con signos aparentes de un ritual fundacional: rastros de un fuego con un hacha pulimentada y sendos hoyos con huesos de un cabrito y residuos vegetales no identificados. También en un ambiente doméstico de la Corredera se exhumó un enterramiento infantil. En ambos casos se trata de rituales que se documentan en otros yacimientos durante toda la Edad del Hierro, con perduración en época romana.

LA CIUDAD VACCEA

La aldea del Soto finalizó con una importante reestructuración espacial del caserío y cambios en la cultura material, probablemente hacia el 400 a.C., porque todavía no estaban presentes las producciones cerámicas torneadas "celtibéricas" que comenzarían a fabricarse algunos decenios más tarde. Entonces se amortizó y rellenó el foso y se amplió el área urbana. Los rellenos del foso en la calle de la Escuela resultan muy expresivos de los cambios que entonces se operaron. Las cerámicas autóctonas seguían elaborándose sin ayuda del torno, pero se aprecian cambios en el repertorio que están por analizar. Están presentes, entre otros, los cuencos con decoración a peine, que ya antes aparecían muy esporádicamente, pero que ahora son mucho más numerosos, de los tipos evolucionados, con impresiones, así como vasos de importación ibéricos torneados, que también con anterioridad se encontraban ocasionalmente en contextos del primer Hierro al sur del Duero y que ahora llegan al norte del río. Un ambiente similar se ha documentado en solares de la calle de San Vicente nº 3 y de la plaza de la Alhóndiga y en el nivel fundacional del arrabal de las eras de San Blas.

Estos cambios revelan una apertura comercial vinculada al crecimiento económico y demográfico (seguramente por la incorporación de importantes mejoras técnicas, como la generalización de los instrumentos de hierro, sobre todo la reja de arado), y se pueden poner en relación con la desaparición de muchas de las aldeas del Soto, cuyos habitantes se concentraron en algunas de ellas dando origen a los grandes *oppida* meseteños, que los textos romanos de época de la conquista permiten interpretar como centros de ciudades-estado. En muchos de ellos, la fotografía aérea revela que estas aglomeraciones se organizaron de manera planificada, conforme a un proyecto urbanístico. En el caso de *Rauda*, probablemente incorporaría, al menos, la población de los núcleos cercanos de San Martín de Rubiales y Hoyales de Roa; pero no conocemos la trama urbana antigua, oculta bajo el caserío moderno. Este proceso, que he explicado en otros lugares y que fue general entre vacceos y turmogos, se diferencia sensiblemente del que se produjo otras áreas de la meseta, en las que la colonización de tierras agrícolas y el aumento de la población dio lugar al surgimiento de numerosas aldeas nuevas dependientes de las nacientes ciudades. La mayoría de las ciudades de la cuenca sedimentaria carecieron de estos poblados satélites. Y tal fue el caso de *Rauda*, que se encontraba a una distancia de 22 kilómetros en línea recta del yacimiento vacceo más próximo, *Pintia*, que igualmente fue una ciudad-estado uninuclear. En una fase más avanzada del proceso, en la segunda mitad del siglo IV a.C., se incorporarían otras novedades técnicas, como el torno de alfarero, cuando la amplitud de los mercados ciudadanos permitió y un sistema de producción de mayor escala.

El *oppidum* raudense se extendió en esta etapa por toda la plataforma destacada sobre el entorno que coincide con el casco histórico de la actual población, con una extensión de 14 ha, a lo que hay que sumar la plataforma, algo más baja, de las eras de San Blas, de entre 4 y 5 ha. El núcleo principal tiene forma ovalada, con un eje longitudinal de orientación NE-SO de 612 m, un ancho máximo de 358 m cerca del extremo NE y 142 metros en el extremo SO. Uno de los lados largos está defendido naturalmente por la abrupta cuesta que se precipita hasta el Duero. El resto del perímetro lo forma un escarpe de entre 5 y 8 metros de altura, interrumpido en dos puntos que coinciden con las puertas de la Villa y del Arrabal de la muralla medieval. Entre estos dos puntos, estuvo la laguna de La Cava, que se drenó en el año 1907. Hasta el momento, no se han atestiguado obras de defensa artificial de esta etapa, pero, a juzgar por lo que se conoce en otros núcleos vacceos, es muy posible que las condiciones naturales se reforzaran artificialmente, al menos en algunas partes. Es posible que la construcción de la muralla medieval, que tuvo el mismo perímetro, destruyera o enmascarara los restos de la cerca vaccea, en caso de haber existido.

Fuera de este núcleo, como una prolongación hacia el nordeste, se extendía el barrio de las eras de San Blas, que es el único sector de la población antigua que ha quedado libre de construcciones actuales, felizmente salvado de las presiones especulativas, aunque las explanaciones que se hicieron históricamente para preparar la superficie de las eras dañaron sin duda los depósitos arqueológicos. A pesar de ello, este sector tiene todavía un cierto potencial, y fue aquí donde en el año 2000 se excavó una vivienda de 15x5 metros, con vestíbulo, habitación principal y tres cuartos traseros, uno de ellos con sótano.

En el resto del yacimiento, no se han excavado casas completas, pero sí se han constatado repetidamente las estructuras rectilíneas en adobe, sin piedra, las vigas de cubierta o de refuerzo de los muros, los suelos de arcilla endurecida, a veces sobre una base drenante de cantos o de fragmentos cerámicos, los hogares, los restos de carrizo de la techumbre, los

pequeños basureros interiores que se hacían excavando un simple agujero en el suelo, y, a veces, los pequeños sótanos de 2x2x2 metros, similares a los de Numancia. Aunque no se conozca la trama urbana, en el solar nº 3-5 de la plaza de la Alhóndiga se documentó un tramo de calle de 2,5 metros de anchura, con empedrado de cantos rodados, y de manera general se constata la gran densidad de ocupación y la habitual superposición de viviendas, reconstruidas una y otra vez tras los frecuentes incendios. Nada especial cabe decir sobre la cultura material, que se acomoda en todo a la conocida en otros yacimientos vacceos. Sistemáticamente aparecen las conocidas producciones vasculares elaboradas a torno y pintadas, desde las copas y escudillas hasta las grandes vasijas de almacenamiento, junto a las especies de cocina, los vasos trípodes, las llamativas cajitas con decoración excisa, etc.

Además de las actividades agrícolas y ganaderas, que eran el sector principal de la economía, las pesas de telar, habituales en las viviendas, informan sobre la actividad textil de escala doméstica, e igualmente debía de haber una pequeña industria doméstica metalúrgica de bronce, a juzgar por las escorias y los restos de fíbulas y otros objetos recuperados en la excavación de un solar de la plaza del Estudio. Como en otras poblaciones contemporáneas, la alfarería tenía un carácter más industrial y las instalaciones se situaban fuera del caserío. *Rauda* tuvo un alfar de gran producción, a juzgar por la notable acumulación de desechos, al otro lado del Duero, frente a la población, muy cerca del puente, construido en un punto de fácil vadeo. Los vertidos sitúan el funcionamiento del alfar en los decenios anteriores a las guerras de Sertorio. Hoy, la parcela del vertedero del taller está ocupada por una nave industrial. Antes de su construcción, se llevó a cabo una prospección geofísica, con sondeos complementarios, sin que se detectaran estructuras reconocibles de hornos u otras dependencias del taller. La llamativa abundancia de huellas de pellas de barro, que se utilizaban para tapar toberas del horno y para calzar las pilas de vasos, inspiró un estudio de las múltiples huellas digitales dejadas por los operarios. Lamentablemente, el proyecto se malogró por circunstancias ajenas al potencial objetivo de esta vía analítica que debería retomarse algún día.

Como es habitual en las ciudades vacceas, en el exterior de la población se formaron a lo largo de los siglos escombreras o cenizales que, en número de ocho o nueve, rodeaban el núcleo urbano. Además de las basuras, se arrojaban allí escombros procedentes de la frecuente remodelación de las viviendas, lo que explicaría el gran desarrollo y la potencia que llegaron a adquirir estas acumulaciones de desechos.

Por ahora no existe certeza plena sobre la ubicación de la o las necrópolis. De atender la noticia del P. Naval, es posible que una de ellas fuera destruida en el año 1907, cuando se extrajo tierra en el término de El Palacio (el lugar donde estuvo el desaparecido castillo medieval) para rellenar el hueco de la laguna de La Cava que entonces se desecó. Al parecer, existe también algún indicio de una posible necrópolis en un espacio situado al oeste de la población, entre las carreteras de Pedrosa de Duero y Mambrilla de Castrejón, donde, con motivo de las prospecciones que se efectuaron para la redacción de las Normas Urbanísticas Municipales, se notificó la aparición de lo que parecen restos de cremación y piedras calizas que podrían ser estelas o coraza protectora de las tumbas.

LA ÉPOCA ROMANA

La época de esplendor de la ciudad vaccea terminó abruptamente en un gran incendio que se documenta en todo el espacio urbano, como en todas las ciudades vacceas de las que tenemos datos arqueológicos. No es un simple tópico adscribir estas destrucciones generalizadas a las guerras que enfrentaron a Pompeyo, representante de la Roma oficial, con el rebelde Sertorio que concertó las fuerzas de muchas poblaciones indígenas, incluyendo las de la Meseta. Las crónicas de la guerra hacen referencia a las destrucciones llevadas a cabo por los ejércitos pompeyanos, y la arqueología se muestra en ese caso sumamente explícita. A este momento deben de pertenecer la mayoría de los tesoros de monedas y joyas aparecidos en las ciudades de la meseta, y entre ellos los encontrados en Roa, el ya citado de 1947 y otro aparecido hacia 1980, perdido en el mercado ilegal, del que, aparte de su procedencia raudense, sin más precisiones, apenas se tiene constancia de que estaba compuesto por un lote de denarios indígenas guardados dentro de un recipiente de bronce.

Seguramente fue entonces cuando el territorio de las ciudades vacceas fue incorporado al imperio. La mitad de ellas no se reconstruyeron, y las demás tuvieron que superar una dura crisis. Una de éstas fue *Rauda*, que no llegaría ya a recuperar su antigua pujanza.

La población resurgida de la ruinas es mucho menos visible que la anterior, y apenas quedan testimonios fuera de un sector en torno a la Plaza Mayor. Ello puede deberse, en parte, a que los niveles de esta nueva población han sido los más expuestos a la destrucción por las obras posteriores, pero también refleja una mengua real. Hasta el momento, no han aparecido en Roa signos de construcciones edilicias o privadas de una mínima monumentalidad que dieran un marchamo romano al urbanismo indígena, ni documentos epigráficos u otros elementos significativos, a diferencia de otras viejas ciudades vacceas romanizadas, tales como *Cauca*, *Pintia*, Tiedra o Montealegre.

La estratigrafía documentada en un solar de la Plaza Mayor permitió en su día reconocer la secuencia arqueológica desde la época inmediatamente postsertoriana hasta finales del siglo II d.C. Durante todo el siglo I a.C., la cultura material siguió siendo heredera, sobre todo, de la etapa anterior, aunque son visibles los cambios formales y decorativos, por ejemplo en la cerámica, que es el material arqueológico más abundante, de forma que se puede definir entonces un estilo "tardoceltibérico", que pudo ser el fruto de la reconstrucción del sistema productivo tras el hundimiento del anterior. Entre las nuevas formas se van incorporando algunas de inspiración romana, pero queda la impresión general de que, a pesar de la pérdida de la soberanía política, las gentes vacceas seguían manteniendo una gran autonomía en la vida diaria y su afán de independencia, que se tradujo en la sublevación del 56 a.C. y, más tarde en la revuelta del 29 a.C., que fue el prólogo de las guerras cántabras.

La imposición del orden romano por Augusto marcaría un punto de inflexión. En la estratigrafía a la que me he referido de un solar raudense de la plaza Mayor, la *terra sigillata* romana comparece ya desde antes de mediados del siglo I d.C. con las producciones aretinas y sudgálicas y luego las hispánicas, pero, incluso entonces, los vasos de estilo tardoceltibérico (incluyendo las conocidas especies de estilo cluniense) tenían todavía una representación paritaria en los conjuntos cerámicos, y esta siguió siendo la tónica hasta el final de la estratigrafía, y probablemente hasta la crisis del siglo III a.C. La misma composición se constató en el conjunto de materiales recogidos de una escombrera destruida en el año 1982 en un solar de la calle de Las Cruces cerca de La Cava. Un dato más procede de una parcela

junto al camino de los Reyes, al otro lado del Duero, donde al construir una caseta y plantar unos árboles hacia finales de la década de los años setenta o principios de las de los ochenta del pasado siglo se documentó una ocupación, de poca entidad pero de larga vida, inicialmente con materiales exclusivamente tardoceltibéricos, que luego serían acompañados por la *terra sigillata*. Recordemos, por otra parte, que las dos referencias de los textos antiguos a la población, la de Ptolomeo y la del Itinerario, proceden de esta etapa.

A partir de aquí, muy poco más se puede decir de la vieja *Rauda*. Algunos fragmentos descontextualizados de *Terra Sigillata Hispánica Tardía* dan testimonio de que perduró un núcleo de población durante la etapa bajoimperial, pero ni conocemos sus estratigrafías ni tenemos idea de su alcance espacial. En esta etapa, surgieron algunas villas rústicas en el antiguo territorio de la antigua *Rauda*, en Quintanamanvirgo, en la Horra y, en el propio término municipal de Roa, en el paraje de Fuentelayo, además de perdurar el pequeño asentamiento del camino de los Reyes.

Extrañamente, apenas conocemos alguna villa en el propio valle del Duero en un tramo de varias decenas de kilómetros (la villa de San Pedro, al pie de Haza, estaría en relación, más bien, con el camino que desde Roa se dirigía hacia el sur por el valle del Riaza), en contraste con el rosario de yacimientos del valle del Esgueva, por donde discurría una vía que, a partir de algún punto, posiblemente coincidiera con la principal de Astorga a Zaragoza.

Esto me da pie para hacer una referencia a este camino del Itinerario de Antonino en cuya descripción se menciona a *Rauda*. Como se sabe, el tramo entre *Brigeco* y *Clunia*, en el que se relacionan *Intercatia*, *Tela*, *Pintia* y *Rauda*, es el más incierto, y los manuscritos contienen necesariamente algún error, porque de cualquier forma que se entienda la suma de las millas no cubre la distancia real hasta *Clunia*. Aunque este no sea el lugar para discutirlo y argumentarlo, *Intercatia*, en mi opinión, correspondería a la ciudad vacceo-romana atestiguada en Montealegre de Campos. Las 20 millas que se marcan desde *Brigeco* a *Intercatia* están mal en todo caso, porque no hay ningún yacimiento que cumpla las condiciones necesarias a esa distancia de *Brigeco*, ni en bastantes millas más hacia el este. La ciudad más próxima es Montealegre, que además está situada en la dirección correcta en la dirección de *Pintia* y *Rauda*, aunque a 40 millas. Puede suponerse un error en los manuscritos, que habrían transcrito XX en vez de XL. Desde *Intercatia*/Montealegre, las XX millas hasta *Tela* en la dirección de *Pintia* y *Rauda* se cumplen hacia el valle del Pisuerga, donde encontramos el gran yacimiento vacceo de Valoria. No hay constancia de que esta ciudad mantuviera su condición urbana durante la época romana, pero sí quedan algunos materiales que atestiguan que la población no desapareció completamente. A continuación, las menciones a *Pintia* y *Rauda* se hacen en la forma *Pintiam* y *Raudacluniam* (escrito así, todo junto). Siguiendo la conocida hipótesis de que los topónimos en acusativo indicarían un cruce o desvío, el Itinerario mediría la distancia de 24 millas desde *Tela* hasta un punto del camino desde donde saldría un ramal hacia *Pintia* y después 11 millas hasta otro cruce del que saldría el ramal hacia *Rauda*, mientras el camino principal pasaba al norte de ambas ciudades hacia *Clunia*, probablemente por la calzada del Esgueva, que ha dejado restos claramente reconocibles y que está jalonada de villas. De hecho, conocemos, al menos, dos caminos romanos que desde el Esgueva conducían a *Rauda*, uno de ellos desde Tórtoles de Esgueva, junto al actual camino del Portillejo, pasando junto a una villa romana de Quintanamanvirgo y el otro, desde Torresandino. A continuación, el Itinerario, que ha mencionado ya a *Clunia* al dar la distancia hasta *Raudacluniam*, no recoge las millas hasta la propia capital del Convento Jurídico.

Termino esta digresión reconociendo la incertidumbre que hoy por hoy sigue pesando sobre este largo tramo del camino, pero, aparte los detalles, resulta difícil aceptar otras alternativas que se apartan en demasía de lo que sería un trazado razonable entre *Brigeco* y *Clunia*. Tal es la dificultad que existe para la ubicación de *Intercatia* en Paredes de Nava, que contaría con el aval de haberse encontrado allí dos documentos de hospitalidad con el gentilicio "intercatiense". Esta situación no sólo queda muy alejada de un recorrido funcional entre *Brigeco* y *Clunia* que pasara por o cerca de *Pintia* y *Rauda*, sino que además plantea problemas con otras rutas del Itinerario. Aunque no se pueda considerar este documento como un mapa preciso y contenga errores debidos a las repetidas transcripciones, también es cierto que con carácter general describe rutas reales que estaban en servicio.

El último rescoldo visible de la edad antigua raudense es una necrópolis visigoda que se descubrió y se excavó en el año 1996 al sur del núcleo urbano, en la ladera que baja desde El Palacio hacia el Duero. Después, el silencio es total. Al vacío documental, se une el arqueológico. Pero este vacío, que parece amparar la tesis del desierto duriense tras la invasión musulmana, no debió de ser realmente absoluto, porque de otro modo sería difícil de explicar la perduración del topónimo *Rauda*, y el de otras antiguas ciudades, como *Clunia* y *Uxama*, cuando Nuño Núñez volvió a poblarlas en el año 912. Todas ellas resucitarían entonces en un marco y con unas características completamente diferentes a las que habían conocido unos siglos antes.

José David Sacristán de Lama

Nota final.- Deseo expresar mi reconocimiento a las siguientes personas e instituciones: al Museo de Burgos, y en especial a Adelaida Rodríguez, arqueóloga y restauradora del museo y natural de Roa, por la ayuda que me ha prestado en la obtención y selección de las ilustraciones; a la empresa Aratikos y a Eduardo Cristóbal, por la facilidades que me han dado para hacer uso de la información y material gráfico de sus excavaciones, y a la Fundación Eugenio Fontaneda, por la fotografía de las joyas aparecidas en el año 1947.